

En una conflictiva mente adolescente

VÍCTOR M. VELA

«Chavales, no voy a permitir que ninguno de vosotros sea catalogado por lo que hizo en el pasado», dice un trabajador social, tal vez una psicóloga, en todo caso una voz adulta indeterminada que trabaja en Última Oportunidad, el centro de menores del que Shy se acaba de escapar con el walkman encendido (estamos en 1995) y una pesada mochila que es símbolo de todo el peso que lleva encima. «No se hundiría tan profundamente a cada paso si no llevara una mochila llena de piedras» (78). El chico es un adolescente que huye de un espacio en el que ha sido recluido después de cometer una brutal agresión en casa.

El historial es tremendo: expulsado de dos escuelas, primera advertencia policial a los trece años, primer arresto a los quince, consumo de cocaína... y un inmenso complejo de culpa, la sensación de no encajar, de ser incapaz de canalizar su frustración por un camino que no sea el de la violencia, acorralado por una «ansiedad súbita y espesa» (73), asfixiado por «ideas pequeñas y abandonadas» que se convierten en obsesiones. Y una inmensa soledad.

Max Porter propone un viaje a la mente de este chaval al que le pusieron por mote Shy. Para ello, recurre a todo tipo de herramientas. Frases cortas, ráfagas de pensamientos, voces de otras personas que llegan del exterior (con el

texto justificado a la derecha). Órdenes que se muestran en la página con una tipografía inmensa, avasalladora, como si quisieran apabullar al lector («No puedes hacer esto», «menuda manera de comportarse»). Las primeras páginas desconciertan. Saltos temporales, frases que no sabes muy bien quién dice, alternancia de cursivas y negritas... un derroche experimental (un «caos emborronado del subconsciente», 49) que hay que asumir como tal si se quiere disfrutar de la novela.

Para ingresar en el tono del libro hay un capítulo clave. Cuenta un episodio de la infancia de Shy. Unos amigos de su madre y de su padrastro han ido a cenar a casa y el hijo de ellos va a quedarse a



SHY
MAX PORTER

Random House.
128 páginas. 18,90 euros.

dormir en el cuarto con Shy. Pero, llegado un momento, ese otro niño sale corriendo y dice que no quiere seguir allí, que se quiere marchar. Shy se siente culpable, siente que algo ha hecho mal, pero no sabe muy bien qué. Ese sentimiento de culpa, esa sensación de que hay algo en él que expulsa a los otros, esa tortura constante sobre

el qué estare haciendo mal, esa frustración no canalizada, esa soledad como condena serán claves en su desarrollo posterior. Y junto a esto, la crítica del padrastro por no saber comportarse y el ‘no pasa nada’ de la madre que todo lo deja pasar. Esa mezcla de condena y abandono (que habla no solo de Shy, sino de todo un colectivo de desfavorecidos) atraviesa esta novela tan extraña y sorprendente como, a veces, desconcertante. El acoso escolar, el abandono familiar, los límites de los servicios sociales, la burla social, el buenismo insustancial de las frases motivacionales, la sospecha de no poder fiarse de nadie (65)... todo eso asoma por esta historia que terminan sin esa mochila llena de piedras y con la confianza de que, pese a todo, en el camino es posible hallar compañeros y aliados que nos salven y a los que salvar.

UN ÁNGULO ME BASTA

Perspectivas geográficas

Imágenes literarias de lo pirenaico, lo gallego y lo asturiano



FERMÍN HERRERO

Ramiro Gairín se mudó desde la ciudad hasta Fiscal, uno de los enclaves emblemáticos de los Pirineos, un pueblo pequeño del Sobrarbe oscense, en un intento, y da buena cuenta de ello en ‘Carreteras que brillan en el bosque’ (Reino de Cordelia), de practicar una vida lenta al paso de las estaciones, con sosiego y atención, con olor «a leña y cuero», «a la boca gastada de los árboles», en estrecho contacto con la naturaleza: «un par de colirrojos/ha anidado en el porche». La mayoría de los poemas tienen como telón de fondo el paisaje pirenaico en el que «la belleza lo envuelve todo». En los versos de Gairín sentimos el soplo de los vientos, el trino de los pájaros, el murmullo de las arboledas, en los pinos, rebollos y quejigos, el rastro de tejones y raposas, la solemnidad de las peñas en medio de los hayedos, la nostalgia de la lumbre y del silencio que trae la nieve.

La delicada poética de Gairín, ajustada en general al molde métrico de la clásica silva blanca, alcanza en el libro una levedad cristalina, tal los manantiales de montaña, y al tiempo unas honduras que suelen partir de lo doméstico, como en Louise Glück, que pauta al principio los poemas con citas de ‘Una vida de pueblo’, comentado en esta sección el año pasado. La citación es doble, al final encabezan los poemas fragmentos de letras, escritas por Manuel Domínguez, del grupo altoa-



CARRETERAS QUE BRILLAN EN EL BOSQUE
RAMIRO GAIRÍN

Reino de Cordelia. 98 páginas. 13,95 euros



EL FRUTO SIEMPRE VERDE
MANUEL ASTUR

Acantilado. 80 páginas. 14 euros.



HABITADA
CRISTINA SÁNCHEZ-ANDRADE

Anagrama. 232 páginas. 17,90 euros.

ragonés La Ronda de Boltaña. Otro aspecto temático a destacar es la asunción de una paternidad vivida y responsable, como extensión del cuidado heideggeriano con todas las cosas, fruto de una nueva concepción de la masculinidad, que han desarrollado en prosa Alejandro Zambra con ‘Literatura infantil’, Sergio C. Fanjul con ‘El padre del fuego’ o Andrés Neuman con ‘Umbilical’ y ‘Pequeño hablante’. El autor, padre «arborecido», valora planchar la ropa por encima de ton-tear con las musas o considera, como se dice en el poema inicial, que «levantar una familia/no es ninguna figura literaria». Justo en este texto de arranque está ya el tono del libro, entre la ternura, la emoción y el estremecimiento. El poeta trata de dormir en brazos a su hijo «por una casa a oscuras», es «el momento más sagrado», en comunión «con lo creado», «con el hilo que a todos nos conecta», el de la larga cadena de los seres.

Si Glück es el referente lírico principal de Gairín, su compatriota Mary Oliver, cuya poética, apegada a la naturaleza y volcada en las cosas pequeñas del entorno, se parece bastante a la de la premio Nobel, lo es de Manuel Astur en ‘El fruto siempre verde’ (Acantilado). Por tanto, ambos poetas comparten una visión de la poesía cercana, límpida, en el caso de Astur, de Sama de Grado, de quien celebramos aquí su novela ‘San, el libro de los mila-

gros’, centrada en Asturias. Ya en el título, aunque proceda de tres poemas con idéntico encabezamiento donde prima lo existencial en relación con la muerte, que nunca nos encuentra preparados, aparece el verde permanente de los prados de su tierra, con la hierba crecida y alta. Y en varios poemas, atraviesan los castaños, robledales y avellane-dos, los bosques salvados por las autopistas, «nubes cargadas de lluvia» que «lamen la tierra como una lengua gorda», cuando no «llueve sobre tierra empapada». Y junto a los hórreos, entre la niebla, huele a resina y humedad, crecen rosales silvestres y zarzamoras.

Como en Gairín, la mirada se ciñe al contorno campestre, incluso familiar, aunque el libro, dedicado a la memoria de una hermana, tiene un tono dolorido, elegíaco por lo paternal, desconsolado, más metafísico desde el dolor de vivir. Así, zarcean por los versos gorriones en el patio nevado, petirrojos casi caseros o golondrinas que tienen su nido con cuatro crías en el alero también del porche. Y en otros, escuchamos la tos del padre o el trajín de la madre, sus pasos sobre las baldosas de barro del suelo, el borboteo del puchero al fuego o el ruido de los platos en la cocina.

La obra de Cristina Sánchez-Andrade, por su parte, está enraizada en su Galicia natal. Hace unos años recomendamos en este

rinconcillo su novela ‘Las Inviernas’ y ahora hacemos lo propio con ‘Habitada’, también en Anagrama y con relevancia de personajes femeninos, situada en la Galicia rural, profunda, del caciquismo a ultranza, de hace aproximadamente un siglo.

El libro lleva como frontispicio una cita de Sylvia Plath, dos estrofas centrales del poema ‘Olmo’ de ‘Ariel’; la primera comienza con el verso «estoy habitada por un grito», crucial para el contenido de la narración, y el devenir de su abnegada y hacendosa protagonista, Manuela, que monologa de entrada, con una ruptura sintáctica bien conseguida en la forma, como alucinada, en arre-bato, en extravío, cuando escucha una llamada interior que le insta a salir de casa, donde la tie-

